

La voz de Sebastián era de aflicción.

—Ve tú, si quieres. Dila que te has apercebido...

En fin... no sé...

Y se puso á mascar el cigarro.

Su mutismo afectó á Sebastián.

—He venido á que me des un consejo—dijo desesperado.

—¿Pero, qué diablo quieres? Eso es cuenta de ella; sí, de ella,—acentuó, viendo la mirada de Sebastián.

—Es mujer de veinticinco años y casada hace cuatro; debe saber que no se recibe á un guapo mozo todos los días en una calle estrecha y con una vecindad en acecho. Si así lo hace, es porque le convenirá.

—¡Oh, Julián!—dijo severo Sebastián.—¡Estás engañado, pero muy engañado!—añadió con emoción.

Y se calló afligido.

—Amigo Sebastián,—dijo Julián levantándose.—

Yo digo lo que pienso; tú haces lo que te parezca.

Y llamó al mozo.

—Deja,—dijo Sebastián,—yo pagaré.

Iban á salir, cuando el individuo calvo, dejando el periódico, se precipitó á la puerta, la abrió inclinándose y presentó á Sebastián un papel azul doblado.

Sorprendido Sebastián, leyó alto y maquinalmente:

“¡El abajo firmado, antiguo empleado del Estado reducido á la miseria...!”

—He sido el amigo íntimo del noble duque de Saldanha,—gimoteó el individuo calvo.

Sebastián se puso colorado. Le saludó y le dió discretamente unas pesetas.

El individuo se inclinó profundamente, y dijo con respetuosa voz:

—¡Mil gracias á V. E. señor conde!

V

Al otro día, hizo un calor sofocante, y poco después de mediodía, Juana, tumbada en una vieja butaca de junco de la isla de Madera, dormía la siesta. Como se levantaba temprano, á las cinco, y antes algunos veces, haciendo temblar el piso con sus pasos pesados, aquella hora de descanso la gustaba mucho.

Las ventanas estaban cerradas por el sol; el puchero murmuraba al fuego su *ron ron* adormecedor, toda la silenciosa casa parecía embrutecida por aquel calor tórrido, cuando Juliana entró como una tromba y dejando en el suelo un paquete de ropa sucia, exclamó:

—¡Que me parta un rayo si con este escándalo no se viene la casa abajo!

Juana se despertó sobresaltada:

—¡Quien quiera las cosas con orden que las vigile!—aulló con los ojos inyectados en sangre.—¡No hay necesidad de estarse todo el día en el salón charlando con las visitas!

La cocinera cerró la puerta espantada.

—¿Qué hay, señora Juliana? ¿qué sucede?

—Que la ha picado una mosca! ¡Estoy que estallo!
¡Una sangría... una sangría!

Su voz tenía vibraciones estridentes.

—De todo toma pretexto para gritar. Yo no estoy para aguantarla. ¡No!

Y dió, furiosa, con el pie en el suelo.

—¿Pero qué ha sucedido?

—Que dice que sus galas no están bien planchadas, y se ha puesto á disparatar. ¡Ya estoy, harta!
¡Ya es bastante! ¡Estoy hasta aquí!—añadió señalando á la cabeza.—¡Qué no me saque de mis casillas!
¡Me iré, pero la diré lo que es en sus narices! Desde que vienen hombres aquí, esto es una vergüenza! Cuando se hacen á las intrigas...

—Señora Juliana ¡por amor de Dios! ¡Si la señora la oyese á usted!

—¡Tanto mejor! Se lo diría en su cara. ¡Basta, basta y basta!...

Pero la vino de pronto un eructo violento que la puso pálida como la muerte y la hizo caer sobre una silla con las manos sobre el corazón y los ojos entornados.

Juana la sacudió y se puso á llamarla en voz baja:

—¡Señora Juliana!... Juliana... ¡Hábleme usted!

La roció con agua.

—¡La Virgen nos ayude! ¿Está usted mejor? Háble usted!

Juliana dió un gran suspiro de satisfacción y cerró los párpados. Respiraba lenta y penosamente en estado de gran postración.

—¿Cómo se siente usted? ¿Quiere usted un caldo? Es debilidad, debe ser eso.

—Es un dolor de costado,—murmuró Juliana.

—¡Claro! Estos berrinches la matan,—decía la cocinera, arreglándola el caldo y tan pálida como ella.

—Es preciso aguantar á los amos: debe usted tomar buen alimento, no incomodarse...

En aquel momento abrió Luisa la puerta. Iba vestida de peinador blanco y preguntaba de qué proveñía aquel ruido.

—Es Juliana, que se encontraba mal...

—Un dolor de costado,—baluceó Juliana, mordiéndose los labios pálidos con sus dientes amarillos.—Si la señora no me necesita, iré á casa del médico.

—Vaya usted,—dijo Luisa, volviendo abajo.

Juliana tomó su caldo con lentitud de moribundo. Juana la consolaba en voz baja... La señora Juliana se enfadaba en seguida.

—Cuando se tiene poca salud, no hay cosa peor que irritarse...

—Es que usted no sabe á dónde vamos á parar,—dijo Juliana en voz baja y abriendo los ojos.—Esto no puede durar. Se viste como si fuera á marcharse. Ha arrugado una porción de cuellos y los ha tirado al suelo, diciendo que todo lo que yo plancho es una porquería y que no sirvo para nada... ¡Digo que es demasiado!

—Hay que tener paciencia... ¡Cada cual tiene su cruz!...

Juliana tuvo una sonrisa lívida, se levantó con un ¡ay! lastimoso, cogió la ropa sucia y subió al piso superior.

Al poco rato, salió enguantada de negro, con la cara amarilla y los ojos ojerosos.

Pero al doblar la esquina de la calle, delante de la tabaquería, se detuvo indecisa. ¡Era una caminata tan larga hasta casa del médico! ¡Tenía las piernas flojas... y gastarse tres reales en un coche!

—¡Pst...! pst!—dijo alguien desde la otra acera.

Primo Basilio—11

Era la tabaquera, con su largo vestido de luto, su cara aceitosa del color del limón y su triste sonrisa.

—¿Dónde bueno la señora Juliana? ¿A paseo?

Le doy la enhorabuena por su sombrilla negra de mango de hueso; la hallaba de buen gusto... ¿Y la salud?

Mal. Había tenido un ataque, é iba á ver al médico. Pero la tabaquera no tenía pizca de confianza en los médicos; era tirar el dinero á la calle. Citó la enfermedad de su esposo, los gastos... una mina de oro. ¿Y para qué? Para verle sufrir y morirse como si tal cosa. ¡Era dinero del que se acordaba todavía!...

Y suspiró. En fin todo sea por Dios... ¿Y qué había de nuevo en la casa?

—Nada.

—Dígame usted, señora Juliana... ¿Quién es ese joven que vá allá todos los días?

—El primo de la señora,—respondió Juliana.

—¡Se quieren mucho!

—Así parece...—y añadió después de toser:—conque buenas tardes, señora Elena.

Y tiesa como un palo se fué gruñendo:

—¡Anda, espantajo y chúpate el dedo!

Juliana detestaba al vecindario; sabía que se burlaban de ella, que la remedaban y la llamaban *pellejo viejo*; así es que no sería por ella por quien sabrían algo las vecinas. Podrían reventar de curiosidad, porque lo que veía y sentía lo guardaba para sí, para una ocasión, como pensaba con ira.

La tabaquera quedó en su puerta muy desorientada. Paula el de los muebles que las vió hablar, se acercó arrastrando sus zapatillas de alfombra.

—¿Se ha franqueado *el pellejo*?

—¡No he podido sacarle una palabra!

Paula se metió las manos en los bolsillos y dijo engolando la voz.

—La del ingeniero le unta la mano. Ella es quien trae y lleva, quien abre de noche la puertecilla...

—No puedo creer eso...

—Señora Elena,—dijo Paula con aire superior,—usted está siempre en su tienda; más yo... yo conozco á las mujeres de la alta sociedad pero por la punta de los dedos. ¡Son un hato de canallas!

Citó nombres, algunos muy ilustres; tenían numerosos amantes algunas hasta treinta. Otras fumaban y se paseaban muy frescas en coche en las narices de la gente honrada.

—Eso es falta de religión,—suspiró la tabaquera.

—¡La religión!—dijo Paula encogiéndose de hombros,—es lo que es y los curas son lo que son.

Y añadió con los puños cerrados.

—¡Los curas son una *podredumbre* viviente!

—Señor Paula debía escoceros hablar así.

Y la amarilla cara de la tabaquera tomó severa expresión de reproche.

—Todo eso son músicas, señora Elena,—exclamó el grande hombre con despecho,—y añadió bruscamente:—¿Por qué no hay más conventos? ¡porque allí dentro anda todo manga por hombro.

—¡Señor Paula!—dijo ella retrocediendo.

—¡Un horror! Por la noche van las monjas por un subterráneo á buscar á los frailes. Y vengan orgías, ¡bailan el fandango en camisa! eso se lee en todos los libros.

Y alzándose sobre la punta de los pies:

—Pues... ¿y los jesuitas?

Pero se detuvo de pronto y quitándose la gorra:

—Servidor de usted, señora,—dijo con respeto.

Era Luisa que pasaba vestida de negro y con velo.

Se quedaron mirándola en silencio.

—¡En verdad que es bonita!—murmuró la taba-
quera.

—No es mal pedazo,—dijo Paula moviendo la ca-
beza,— para el que le guste el género,—añadió con
desdén.

Hubo una pausa y Paula dijo de pronto con ru-
deza:

—A mí no me roban el tiempo las enaguas.

Tosió y añadió secamente:

—Deme usted medio real de tabaco de Xabregas.

Entró en la tabaquería silbando á liar su cigarro,
pero se calló de pronto y se fijaron sus ojos con in-
dignación en una de las ventanas de casa del inge-
niero, en la que había visto la cara ruin de Pedro el
carpintero.

Se volvió hacia la tabaquera con los brazos cruza-
dos y moviendo la cabeza:

—¿Conque mientras el ama va en busca de su avío
el mocito se arregla con la criada?... Esa casa se ha
convertido en un *prostíbulo*,—añadió con voz me-
lancólica arrojando una bocanada de humo.

—¿Un... qué, señor Paula?

—¡Un *prostíbulo* señora Elena! Como si dijéramos
templo del amor.

Y dicho esto se marchó poco á poco.

*
**

Luisa fué por fin con Basilio al campo.

Consintió en ello la vispera diciendo que "sería
sólo para dar un paseo en carruaje y sin apearse."

Basilio insistió hablando de "frescas sombras, de
meriendas, del césped..." pero ella rehusó toda asus-
tada, diciendo riéndose:

—Nada de céspedes.

Habían convenido en encontrarse en la plaza de
Alegria. Ella llegó tarde, después de las tres y me-
dia con la sombrilla abierta y algo asustada.

Basilio esperaba fumando dentro de un cupé, bajo
un árbol á la derecha de la plaza; abrió la portezue-
la y entró Luisa, cerrando la sombrilla su vestido se
enganchó en el estribo, tiró con fuerza y rompió el
volante de seda. Luego se metió al lado de él muy
nerviosa, jadeante, ruborizada y murmuró:

—¡Qué locural

No podía hablar. El cupé partió al trote. El coche-
ro era Pinteos el camorrista.

—¡Qué fatigada estás, pequeña mía!—dijo Ba-
silio.

La levantó el velo. Sudaba copiosamente, brilla-

ban sus ojazos por la excitación y la prisa con que había venido, por el miedo...

—¡Qué calor hace, Basilio!

El quiso bajar uno de los cristales.

—No, ahora no. Pueden vernos... Cuando estemos en las afueras...

—¿A dónde vamos?

Luisa miraba, levantando la cortinilla.

—Vamos hacia Lumières; es el mejor sitio. ¿Quieres?

El se encogió de hombros. ¿Qué más le daba?

Luisa se tranquilizó. Se quitó el velo y los guantes y sonrió, abanicándose con el pañuelo del que se desprendía fresco perfume.

Basilio dejó sobre la fina piel de sus manos de venas azules besos ansiosos.

—¡Me has prometido tener juicio!—dijo Luisa sonriendo.

—¡Un beso, un solo beso en el brazo! ¿Qué mal hay en ello? No te hagas la melindrosa.

Y la miró ávidamente.

Las cortinillas del cupé eran de seda roja y la luz que filtraba la envolvía en una aureola igual, mate y de color de rosa; sus labios eran de un rojo húmedo como el pétalo de una rosa y en el fondo de los ojos un punto luminoso moviase como un dulce fluido.

No pudo contenerse él y pasó los temblorosos dedos sobre las sienes y cabellos de ella con cierta ternura cobarde.

—¿Ni siquiera un beso en la mejilla?—dijo con humilde tono.

—¿Uno nada más?—preguntó Luisa.

La besó suavemente junto á la oreja; pero aquel contacto excitó brutalmente sus deseos. La cogió con ardor y la besó como un loco en el cuello en el rostro, en el sombrero...

—¡No! ¡No!—murmuró ella resistiéndose.—¡Quiero bajar.

Golpeó los cristales y forcejeó por abrir uno, lastimándose los dedos sobre la sucia y dura correa.

Basilio la pidió perdón. ¡Qué bobada! ¡enfadarse por un beso! ¡Era tan bonita!... Aquello le ponía loco; pero juró ser juicioso...

El carruaje rodaba á sacudidas cerca de las afueras; á cada lado se veían inmóviles bajo el sol, los olivares de un verde polvoriento; el astro rey derramaba con fuerza sus rayos sobre la hierba quemada.

Basilio había abierto un cristal y la cortinilla flotaba blandamente. Se puso á hablar de él, de su amor, de sus proyectos. Había resuelto establecerse en Lisboa, decía. No quería casarse: la amaba y sólo deseaba vivir siempre á sus pies. Decía que estaba cansado, desilusionado. ¿Qué podía ofrecerle la vida? Había experimentado la sensación de los amores efímeros y las aventuras de largos viajes; se sentía viejo.

—No tanto,—dijo Luisa con los ojos húmedos.

¡Ah! ¡Sí, lo estaba! Ya sólo quería vivir para ella, descansar en las dulzuras de su intimidad... Ella era su sola familia.

Se llamaba *su pariente*. La familia era lo mejor que había.

—¿Me permites que fume?—dijo encendiendo un cigarro.

Lo mejor de la vida es una afección profunda como la nuestra, ¿no es cierto? Me contento con poco; verte todos los días, hablar mucho, saber que me quieres... ¡Eh, Pinteos!—gritó,—entra por el paseo del Campo!

El cochero obedeció. Basilio levantó las cortinillas

y un aire más vivo penetró en el coche. El sol reverberaba en los árboles y su luz brillante hendía el follaje, que formaba sobre el suelo sombras aun ardientes. Alrededor todo tenía aspecto agostado. Sobre la tierra agrietada, la hierba tostada tenía la apariencia de la ceniza. A los lados del camino había montones de polvo amarillento. Los aldeanos pasaban caídos sobre la grupa de sus caballerías, las piernas colgando, resguardados por grandes quitasoles encarnados, y la luz que bajaba de aquel cielo oscuro, hacía brillar con reflejos que cegaban las tapias encaladas, el agua de las cubas olvidadas delante de las puertas y las blancas piedras.

—Vendo todo lo que tengo en el extranjero, me establezco en Lisboa, en una casita hacia el barrio de Buenos Aires... ¿te gusta, di?—murmuró Basilio.

Ella calló; aquellas palabras y promesas á las que la voz vibrante de Basilio daba un vigor apasionado, la turbaban como la embriaguez del licor; su pecho palpitaba.

—Cuando estoy cerca de ti,—dijo Basilio,—me siento tan feliz... me parece tan bueno todo...

—¡Si pudiera ser verdad!...—repuso Luisa, recostándose en el fondo del cupé.

Basilio la cogió por la cintura y la juró que lo sería: Iba á convertir su fortuna en renta. Comenzó á probarlo; ya tenía hablado á un procurador. Le citó el nombre; un tío seco, con la nariz puntiaguda...

Y estrechándola contra él, llena de deseos la miraba:

—¿Y si es verdad qué harías?

—Yo misma no lo sé—murmuró Luisa.

Llegaron á Lumières y bajaron por prudencia las cortinillas. Ella alzó un poco una de ellas y mirando afuera, vió pasar á cada lado los árboles cubiertos de polvo, la tapia de una quinta pintada de rosa

sucio, casas pobres, un ómnibus vacío, mujeres sentadas ante las puertas á la sombra, quitando los piojos á sus chicos y un mozo vestido de blanco y sombrero de paja que se paró á mirar fijamente las cortinillas bajadas del cupé. Luisa soñaba vivir por allí; en una quinta lejos del camino; tendría una casita bien fresca, con plantas trepadoras en las ventanas, parras sostenidas por pilastras de piedra, plantas de rosal, alamedas de árboles formando bóvedas, un pequeño manantial bajo un tilo, al que irían las criadas por la mañana á lavar la ropa cantando. Y por la noche él y ella, un poco cansados de las dichas de la siesta, irían á través de los campos escuchando silenciosos, bajo el estrellado cielo, el monótono chirriar de las ranas.

Cerró los ojos. El lento movimiento del coche, la presencia de Basilio, el contacto de su mano y de su rodilla, encendían su sangre. Sentía crecer un deseo en el pecho, como el viento que hincha la vela, y palideció.

—¿En qué piensas?—la preguntó él bajo.

Luisa enrojeció y no dijo nada.

La daba vergüenza hablar y decirle...

Basilio la cogió dulcemente la mano con respeto y ternura, cual si fuese cosa preciosa y santa, y la besó suavemente con la humildad de un esclavo y la unción de un devoto. Esta dulzura tan humilde, tan conmovedora, la emocionaron, distendiéronse sus nervios y se dejó caer en el rincón del cupé, llorando...

—¿Qué era aquello? ¿qué tenía?

La cogió en sus brazos, la abrazó hablándola como loco.

—¿Quieres que huyamos los dos?

Las lágrimas rodando brillantes sobre aquel her-

moso rostro, la hacían más interesante, y daban á los deseos de él un tinte casi de dolor.

—¡Ven conmigo! ¡Ven! ¡Vamos al fin del mundo!

—¡No digas locuras! —murmuró ella sollozando.

Calló cubriéndose los ojos con las manos en actitud melancólica.

—El hecho es—pensó él—que digo muchas necesidades.

Luisa secóse las lágrimas y se sonó.

—Esto es nervioso. Volvamos, ¿quieres? No me siento bien. Di al cochero que dé la vuelta.

Basilio obedeció. Regresaron un poco silenciosos.

Luisa se quejaba de un principio de jaqueca. El la tomó las manos y la dijo las mismas ternezas; la llamó su *paloma*, su *ideal*. Y se decía por lo bajo "Eres mía."

Pararon en la plaza de Alegría. Luisa miró afuera y saltó del coche vivamente.

—Hasta mañana. No faltes—dijo.

Abrió la sombrilla, se cubrió con ella y subió rápidamente del lado de la Patriarcal.

Basilio abrió los cristales, respiró con satisfacción y estirando las piernas dijo al cochero:

—Hola Pinteos. ¡Pronto al Gremio!

En el salón de lectura, su amigo el vizconde Reynaldo, que hacía años vivía en Londres y París leía lánguidamente el *Times* hundido en un sillón. Habían venido juntos de París con acuerdo de ir también juntos á Madrid. Pero el calor anonadaba á Reynaldo; encontraba *fundente* la temperatura de Lisboa; llevaba lentes oscuros y andaba saturado de perfumes á causa de la *innoble hediondez de Portugal* como él decía. Apercibió á Basilio, arrojó el periódico y con los brazos caídos y la voz cansada:

—¿Y el asunto de la prima?—dijo—¿Se arregla ó no? ¡Es horrible querido, horrible! ¡Me muerol ¡Me

hace falta el Norte! La Escocia. ¡Vámonos á Finis con esa prima! Viólala y si se resiste máatala.

Basilio se tumbó en una butaca y dijo estirándose:

—¡Todo va bien!

—¡Date prisa, querido, date prisa!

Tomó el *Times*, bostezó y pidió soda:

—¡Soda inglesa!

Le dijeron que no había.

Reynaldo miró consternado á Basilio y sordamente dijo:

—¡Qué abyección de país!



Quando Luisa volvió á su casa, Juliana vestida aun, la dijo desde la puerta:

—El señor don Sebastián está en el salón. Hace mucho que espera, porque ya estaba cuando yo volví.

Estaba, en efecto, hacía media hora. Cuando Juana, toda encendida, con aire de quien se ha despertado sobresaltado, fué á abrirle, y le dijo que la señora no estaba, Sebastián iba á marcharse con el placer de la dificultad vencida. Pero resistió, entró, y esperó... Se había decidido á hablarla, á prevenir-

la que aquellas frecuentes visitas del primo, en una calle llena de gente aviesa, podrían comprometerla. ¡Pero era endiablado de decir aquello! Pero, en fin, era su deber; por ella, por su marido, por la paz de la casa... Estaba obligado á avisarla... debía hacerlo. Perdió la timidez. Delante del imperioso deber, llamaba á las energías de la decisión. Un poco le latía el corazón, es verdad... estaba pálido... pero hablaría.

Se paseaba por el salón con las manos en los bolsillos, arreglando frases que tuvieran una inflexión delicada y amistosa.

Pero cuando sonó la campanilla y sintió en el corredor el *fru-fru* del vestido, su valor se vino abajo como un globo que se vacía. Corrió al piano, y se puso á tocar con fuerza. Cuando entró Luisa, encendida, sin sombrero y quitándose los guantes, se levantó y dijo sonriendo:

—He venido por aquí á charlar un rato... Esperaba... ¿De dónde viene usted?

Luisa se sentó cansada. Venía de casa de la modista, según dijo. ¡Qué calor! ¿Por qué no había venido más amenudo? Y mil gracias por las flores. "No tengo visitas de cumplido..." Únicamente mi primo que ha vuelto del extranjero.

Sebastián se quedó sentado sobre el taburete del piano, y frotaba suavemente sus rodillas.

—Y... ¿está bueno el primo?

—Muy bueno... Viene muy á menudo. ¡Se aburre mucho en Lisboa el pobre chico! Para él, que está acostumbrado á vivir en el extranjero...

—Verdad,—dijo Sebastián.

—Y Jorge, ¿ha escrito?—preguntó Luisa.

—Recibí ayer carta.

Ella también tuvo carta. Hablaron de Jorge, de sus aburridos ratos, de lo que contaba del fantástico

pariente de Sebastián, del tiempo que tardaría en volver...

—Mas hace falta ese tunante—dijo Sebastián.

Luisa tosió; estaba un poco pálida, y pasaba de cuando en cuando la mano por la frente, cerrando los ojos.

—Pues he venido, querida amiga...—empezó Sebastián, tomando bruscamente su partido.

Pero al verla en el borde del sofá con la cabeza baja, la mano en los ojos, añadió:

—¿Qué tiene usted? ¿La duele algo?

—Una jaqueca que ha venido de pronto. Ya la sentí en la calle y con violencia.

—¡Y yo que estoy molestándola!—dijo Sebastián, tomando su sombrero—¿Quiere usted algo? ¿Quiere usted que avise al médico?

—No; voy á acostarme un poco, y pasará.

Sebastián la encargó sobre todo, que no se enfriara. Quizá haría bien en ponerse unos sinapismos, ó rajitas de limón en las sienas. Y en todo caso, si no se aliviaba, que le mandase á buscar.

—No será nada... Que vuelva usted Sebastián, y no me olvide.

Sebastián salió respirando fuerte y se dijo:

—¡Yo no me atrevo, Dios mío!

Pero en la puerta vió, alzando la vista, el fondo negro de la carbonería, y la enorme cara de la carbonera, vestida con peinador blanco y la vista enfilada á ver quién salía, encima, tres Acevedos, á través de las viejas cortinas de muselina, juntaban sus rizadas cabezas en infernal conciliábulo; detrás de las vidrieras cosía la criada del doctor, mirando á cada paso de reojo; y de la tienda de antigüedades, salía el ruido bronco del catarro del patriota.

—No pasa una rata pensó Sebastián—sin que

toda esta gente tome nota. ¡Y qué lenguas! ¡Vaya, es preciso que me decida, y debía ser ahora mismol Si mañana me templo... ¡paf! se lo digo todo si está mejor.



Al día siguiente estaba buena, en efecto, cuando Juliana la despertó á las nueve, dándole una cartita de la señorita Leopoldina.

La criada Justina, una flacucha ordinaria, exornada con un bigote espeso y un ojo bizco, esperaba en el comedor. Era amiga de Juliana; se abrazaban mucho y se echaban flores.

Después que colocó la respuesta de Luisa en un cestito que llevaba al brazo, se arregló el mantón, y dijo sonriendo:

—¿Qué hay por aquí de nuevo, señora Juliana?

—Nada, señora Justina. El primo de la señora—añadió más bajo,—que viene todos los días, ¡Buen mozo!

Justina se sonrió, enseñando sus dientes postizos. Su ojo bizco interrogaba.

—No creo...—respondió Juliana á aquella muda pregunta—Por ahora, al menos... ¿Y por su casa, que hay?

—Un chiquillo, un estudiante—contestó Justina con acento de desprecio.—Poca cosa...

—Para abrir boca...—dijo Juliana riendo.

—¡Hay!—suspiró la otra:—¡como Gama, no hay otro!

—¡Qué bien en aquel tiempo! Nunca se iba sin darme sus diez reales, y á veces, hasta cincuenta. Debo decir que él, fué quien me ayudó á comprar mi vestido de seda. Pero ahora... Este es un boquirrubio. No sé ni cómo le aguanta la señorita... No sirve para nada.

—Ahí verá usted señora Justina,—dijo Juliana sentenciosamente.—Ahora empiezo á conocer que las casas mejores, son aquellas en que hay vicios. Ayer encontré á Agustina, la que sirve en casa del Comendador, en Rato... No puede usted imaginarse lo que allí sucede; se hace lo que se quiere; se coge todo, vestidos de seda, sombrillas, sombreros... hay armarios llenos de lencería, y los días de fiesta, tiene su propina. El señor, es hombre generoso; verdad es que ella, es quien lo trabaja: le hace entrar por el jardín, y tiene que esperarle hasta que sale...

—En casa no—exclamó Justina.—Entra por la escalera.

Y se rieron las dos.

—Vaya, adiós;—dijo Justina, arreglándose el mantón.—Se hace tarde. Mi ama viene hoy á comer aquí... Me he pasado toda la mañana, desde las siete planchando unas enaguas.

—Y yo también,—repuso Juliana. Cuando hay amantes, se plancha más ropa blanca.

—Cierto: gastan más ropa blanca, sí,—observó Justina sonriendo.

—¡Ya lo creo!—exclamó despreciativamente Juliana.

Luisa llamaba en aquel momento.

— Adiós, señora Juliana—dijo la otra poniéndose el sombrero.

— Adiós, señora Justina.

La acompañó hasta el descansillo, y se abrazaron, Juliana corrió luego á la habitación de Luisa, á la que encontró de pie ya, y vistiéndose, tarareando alegremente.

La carta de Leopoldina, de renglones torcidos y enormes faltas de ortografía, decía así:

“Mi marido se va hoy al campo. Iré á que me des de comer, pero no antes de las seis. ¿Te conviene?”

La puso contenta la carta; hacía muchas semanas que no veía á su amiga. ¡Cuánto charlarían y se reirían! y Basilio que iría á las dos... ¡Día completo!

Fué á la cocina á dar órdenes para la comida, y cuando bajó, llamó el criado de Sebastián, que con un ramo de rosas, iba á saber cómo seguía la señora.

— Mejor, mucho mejor, — le dijo Luisa.

Y para tranquilizarle y que no fuera, añadió que estaba buena y que era fácil que saliera.

Las rosas, pensaba, vienen á propósito: fué á colocarlas por sí misma en los búcaros canturreando, con la mirada alegre, contenta de sí propia, de su vida, que era ya interesante y llena de incidentes...

A las dos, y ya vestida, fué al salón, y se puso á estudiar en el piano la *Medjé* de Gounod, que Basilio la había llevado, y que cantaba con gusto, por sus acentos tiernos y apasionados.

A las dos y media, empezó á impacientarse; los dedos se le enredaban sobre el teclado. Debía estar aquí ya, pensaba.

Abrió las ventanas, y echó un vistazo á la calle; pero la criada del Doctor, que cosía detrás de su

ventana, levantó hacia ella unos ojos tan curiosos, que volvió á cerrar vivamente, y recommenzó nerviosamente la melodía.

Oyó un coche; se levantó con el corazón palpitante, pero el coche pasó.

¡Tres horas! La parecía el calor más fuerte, insupportable; se sentía sofocada y fué á darse polvos de arroz. ¡Si estará enfermo Basilio! ¡Y en una fonda! ¡Solo, en poder de criados descuidados é indiferentes! Pero no; en tal caso la hubiera escrito... Si no venía era porque no quería... ¡egoísta!

Demasiado buena era ella aflijéndose por esto. ¡Pero se sofocaba positivamente! Fué á buscar un abanico, y con sus manos nerviosas, lo sacudió con rabia, porque no se abría bastante pronto. Puesto que él era así no le recibiría. Así acabaría todo.

Y aquel grande amor desaparecía así, de repente, como la humareda que se lleva el viento. Se sentía aliviada y presa de grandes deseos de estar tranquila. Era realmente absurdo, teniendo un marido como Jorge, pensar en otro hombre, en un cabeza lijera, en un atolondrado...

Dieron las cuatro. Tuvo un acceso de desesperación, corrió á la mesa de Jorge, tomó una hoja de papel, y escribió febrilmente:

“Querido Basilio: ¿Por qué no vienes? ¿Estás enfermo? Si supieses las angustias que me haces pasar...”

Llamaron. ¿Era él? Dobló la carta, la guardó en el bolsillo del vestido, y esperó palpitante. Sonaron pasos masculinos en la alfombra del salón. Miró con los ojos radiantes... Era Sebastián; Sebastián un